La Falsa Democracia
—— y el Fascismo ——

Por el Prof. RENE MARCHAND

En estos momentos, es indudable que el fascismo progresa de una manera impresionante, y es cierto que su triunfo está asegurado si las democracias no reaccionan. Desgraciadamente, la idea democrática pierde, poco a poco, su significado, porque trata de mantener la fórmula de la igualdad política de la Revolución Francesa, y no se quiere comprender que, para su propia defensa, se debe ir hacia la igualdad económica. Así como antes fué necesario destruir el feudalismo, esto es, la aristocracia todo poderosa que ostentaba el absolutismo político, hoy, precisamente, en defensa de la propia democracia, será necesario, igualmente, destruir la aristocracia burguesa, mucho más poderosa que aquella y que ha logrado asumir por sí, como antaño, todo el poder político, dejando a la democracia en la posición de una fórmula abstracta y sin sentido.

Como la democracia liberal burguesa rehusa romper sus lazos con el capitalismo, destruye el funcionamiento normal de la democracia misma, impidiendo a la voluntad del pueblo ejercitarla. Y, efectivamente, vemos que en países como Francia y Bélgica el parlamentarismo funciona ya solamente en apariencia. Los ministerios no caen por la oposición de las cámaras, esto es, debido al mandato de la soberanía popular, sino que dejan el poder bajo la abierta presión del capitalismo. Este hecho es la causa profunda de la crisis actual, es decir, de la impotencia de las democracias, que ha determinado el nacimiento del fascismo. Esta impotencia es tan notoria, que las democracias sólo pueden oponer la fuerza armada al fascismo que las amenaza. Así proclaman su impotencia ideológica.

La fuerza armada no basta frente al fascismo, pues además de que para el fascismo el derecho es la fuerza, también sustenta un credo internacional, que lo hace aparecer como una reacción contra el capitalismo moribundo. Es muy importante señalar que el fascismo, como la democracia liberal-burguesa actual, son aspectos del mismo proceso de la descomposición del capitalismo. Mas de acuerdo con las leyes de la historia, el fascismo finca su éxito en una dinámica violenta, que le da caracteres brutales y dominará el ritmo lento que sigue, en su proceso presente, el demoliberalismo burgués.

Pero a pesar de su aparente fuerza, el fascismo es sumamente débil. Su existencia constituye solamente una reacción temporal contra el fracaso del capitalismo, que él prolonga, sometiéndolo a su voluntad con las armas que el Estado le proporciona. No construye nada nuevo, sino que lleva el mundo hacia atrás, con la aplicación de la vieja fórmula del corporativismo y con la concepción ideológica más ciega, que descansa sobre la desigualdad natural hecha ley; sumisión completa, y militarmente disciplinada, de los individuos a la omnipotencia del Estado, que considera a los hombres como suyos, les crea deberes hacia él y los obliga a renunciar a sus derechos de hombres libres, a su individualidad propia, a su conciencia, a su juicio y a su libre determinación.

Es decir, que el fascismo se mofa de las leyes históricas, y, aún por eso, aunque triunfara momentáneamente, no puede pertenecer al porvenir. Vendrá un día en que deberá desaparecer.

Pero se debe reconocer también que tampoco la democracia liberal burguesa pertenece al porvenir porque ha unido su destino a la suerte del capitalismo y sus principios económicos están enteramente fracasados. La democracia efectiva puede salvarse solamente adaptándose a las realidades actuales, es decir, obrando sobre el terreno económico. La anarquía económica actual es la consecuencia de las leyes artificialmente impuestas por el capitalismo, cuyo efecto es el de mantener el poder de compra siempre abajo del poder de producción, impidiendo a la humanidad su mejoramiento en su afán utilitario. Si se quiere